

ROSARIO REAL CALAMA

LAS CENIZAS DEL TIEMPO



LETRAS DE AUTOR

© Rosario Real Calama
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño: Georgia Delena

Primera edición: Enero 2015

ISBN: 978-84-16181-77-3
Depósito Legal: M-34141-2014
P.V.P.: 12 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*A Natalia Reglero y Cristina Reglero,
que caminan diligentes
a través de un tiempo incierto.
Su tiempo.*



*Tras las cosas tal como son hay
también una promesa, la exigencia
de cómo debieran ser; está la potencialidad
de otra realidad, que empuja para salir
a la luz, como la mariposa en la crisálida.*

Claudio Magris : *utopía y desencanto*



ÍNDICE

I. MIÉRCOLES DE CENIZA	11
II. LA MÚSICA Y EL SILENCIO	22
III. TEORÍAS Y JUEGOS DE JUVENTUD	28
IV. LA SANGRE ES UN FLÚIDO MUY ESPECIAL	39
V. EN UN MUNDO NUEVO	51
VI. UNA MALA SIEMBRA O EL GERMEN DE LA DECADENCIA.....	70
VII. EL AMOR A TRAVÉS DE LA MAGIA	82
VIII. UNA MIRADA AL PASADO	101
IX. LA FRAGILIDAD DE LA VIDA.....	124
X. SUEÑOS PREMONITORIOS	133
XI. PROPUESTA DE ALGUNAS HIPÓTESIS	141
XII. REFLEXIONES ANTE UNA MUERTE INESPERADA..	151
XIII. BEATRIZ Y ELENA: APOGEO Y DECADENCIA	160
XIV. SOFÍA Y SU ALTER EGO	172



I

MIÉRCOLES DE CENIZA

Dios escribió el primer día de la creación una sentencia mágica, apta para conjurar los males. La escribió de manera que llegara a las más apartadas generaciones y que no la tocara el azar. Nadie sabe en qué punto la escribió, ni con que caracteres, pero nos consta que perdura secreta, y que la leerá un elegido.

Jorge Luís Borges: *La escritura del Dios*

Un nacimiento

Igual que el Ave Fénix ardió para renacer de sus cenizas, la existencia de Sofía había estado cerca de ser abrasada en varias ocasiones, volviendo a reaparecer más tarde en otra, o quizá, en ella misma.

Percibió el mundo exterior, no sabe si por vez primera, un 2 de marzo de 1949. Era un *Miércoles de Ceniza* en el que la tradición celebra ese ceremonial con las cenizas que proceden de la incineración de las palmas del Domingo de Ramos del año anterior, que se utiliza para señalar una cruz en la frente de los fieles, y recordarles que son ceniza. Es un

mensaje trascendente, símbolo de caducidad, pero también de arrepentimiento y aproximación a Dios y a la salvación.

Aquel era un *Miércoles de Ceniza* frío y gris, como el color de la ceniza utilizada en el rito de su imposición; como el estado de ánimo de aquellos que caminaban por las gélidas y desoladas calles de la pequeña ciudad castellana; como el ambiente de aquel tiempo y lugar, con el fantasma de un doloroso pasado reflejado en los rostros de la gente, y la tristeza de una existencia mediatizada por los azares de la historia.

El hogar que esperaba la llegada de Sofía no era, sin embargo, un lugar triste ni desolado.

La temperatura había descendido precipitadamente, y un gélido viento agitaba el amanecer de un día de invierno ya muy avanzado.

La hermosa ciudad bimilenaria, que fuera cuna del *derecho de gentes*, y por ello, de los principios y derechos humanos básicos, se despertaba perezosamente, y desde hacía ya tiempo, de un dormitar inmerso en una atmósfera de pesada endogamia provinciana.

La imponente casa de altos artesonados y miradores a una de las principales vías de la ciudad, se puso muy temprano en movimiento.

Pesadas puertas de madera se abrían al paso de oscuros uniformes y pulcros delantales blancos con todos los útiles necesarios para el alumbramiento.

En el salón contiguo a la estancia donde sucedían los hechos y tenían lugar los preparativos del inminente suceso, una gran chimenea con las llamas ardiendo en su interior, se reflejaba en los cristales de aquella.

La joven señora, sin temor, pero con expectación, iba a dar a luz de inmediato.

Había que avisar al médico amigo y a la comadrona.

El señor, impecablemente vestido, aguardaba inquieto mirando a través de los ventanales de su despacho.

La primogénita dormía plácidamente en su cuna blanca, ajena al trasiego doméstico, y a la inminente pérdida de su hegemonía.

No hubo sorpresa alguna por el sexo de la recién nacida. La familia materna fue siempre monopolio de mujeres, circunstancia que era estimada frente al patrón común de preferencia por los varones.

Todo fue fácil como se esperaba. Una niña espléndida y bien formada, a la que iban a llamar Sofía.

Nacer al mundo exterior de los sentidos y de las sensaciones, sería una experiencia extraordinaria para el que la vive, si la memoria nos regalara con su recuerdo. Pero en su olvido, recurrimos a testimonios de contenido subjetivo y visión sesgada.

En cualquier caso, esta es la imagen que Sofía ha podido obtener de la escena de su nacimiento, además del premonitorio significado del día en que ocurrió, -un *Miércoles de Ceniza*- puesto que ella siempre tuvo una cierta afinidad con el fuego y con la ceniza, elementos que desde niña habían llamado su atención de forma especial, y que más tarde poblarían gran parte de sus sueños.

Entre sus sueños había uno recurrente, que siempre le sucedía en lugares públicos y la dejaba en evidencia. Se producía en fiestas o reuniones, cuando alguien se le acercaba con una

bandeja en la mano de canapés o de pasteles para ofrecerle. Al ir a coger uno de ellos entre sus dedos pulgar e índice, este se deshacía en cenizas que caían sobre la bandeja cubriéndola toda, y sus dedos manchados quedaban suspendidos en el vacío, en una situación que ella intentaba disimular con gran azoramiento.

En su infancia le gustaba contemplar sin límite el fuego de la chimenea de su casa, donde dejaba volar su imaginación a través de las distintas formas que adoptaban las llamas, o incluso, jugando después con las cenizas, en las que hacía dibujos geométricos, introduciendo en ellas su dedo índice.

Durante los crudos inviernos de su ciudad de origen, la figura del brasero ocupaba un atractivo espacio en su vida. Ese remover el cisco con la badila, para dejar al descubierto unas grietas incandescentes que desprendían calor y color en el espacio que ella ocupaba, le proporcionaba un placer especial; después, la colocación cuidadosa de la alambarrera, abarcando todos los posibles contornos de la brasa para no dejar ningún resquicio fuera de ella; y finalmente, ese destello de lumbre que ocasionalmente se hacía visible en el centro de la combustión. Toda una meticulosa operación que era observada por Sofía con atención, cuando alguna de las sirvientas respondía a la llamada de *¡Hay que escarbar el brasero!*

Le agradaba igualmente el olor a cera derretida de las velas, cuya luz prefería a cualquier otra, por esa atmósfera de intimidad que transmitía; y observaba con atención las pequeñas llamitas intranquilas, que no lograban alcanzar unos segundos de quietud; o la forma en que se iban resbalando las gotas de cera ya líquida por la barra sólida de la

candela dándole un relieve especial. Todo esto le inspiraba respeto y devoción.

Un día presenció un gran incendio de una casa rural, cuya escena quedó gravada para siempre en su memoria. Permaneció en el lugar viendo al hombre en su lucha contra el fuego devorador, hasta que lograron apartarla de la cercanía de las llamas que ejercían sobre ella toda su magia, dejándola atónita.

A pesar de su frágil aspecto, la naturaleza física de Sofía era fuerte, tal y como se demostró en varias ocasiones límite. La primera tuvo lugar en el otoño de 1950, cuando víctima de una probable septicemia, no iba a poder superar la enfermedad según el criterio médico. Todo estaba preparado ya para su marcha, incluso un precioso trajecito bordado en color rosa pálido que le serviría de mortaja. Sin embargo, los componentes naturales y acaso trascendentes de su ser, se confabularon en favor de su continuada existencia terrenal. Así fue en esta primera ocasión, cómo Sofía resurgió de unas probables y pronosticadas cenizas que no llegaron a producirse. Ella no guarda el menor recuerdo de aquel suceso, aunque lo ha escuchado en innumerables ocasiones, pero sabe desde muy temprana edad, que en el centro y alrededor de su vida hay ciertas entidades que no es posible modificar, como el azar, el tiempo, la enfermedad o la muerte.

La muerte del padre

Existen grandes lagunas de tiempo en el transcurrir de la infancia de Sofía sin un recuerdo concreto dentro del mundo de los afectos, sin una sensación excepcional o emoción duradera.

Sin embargo, aquel inacabable día de un mes frío y des-
apacible, algo había sucedido, algo que le concernía muy di-
rectamente.

El ambiente que se respiraba en la antigua casa de su
abuelo donde se encontraba era espeso y turbio. La deferen-
cia en el trato y la excesiva atención hacia ella le resultaban
altamente sospechosas.

Sofía se encontraba allí de manera temporal, debido
a que los miembros más allegados de su familia se habían
trasladado misteriosamente a Madrid, a un mismo tiempo y
también de forma transitoria.

Percibía con nitidez la existencia de un secreto en el am-
biente que la envolvía, que incluso animaba su vida hasta el
momento justo de su descubrimiento.

Sentada frente a la gran chimenea del despacho de su
abuelo, presidida por una enorme pintura de este realizada
muchos años atrás con los distintivos propios de alcalde de la
ciudad, observaba como muchas otras veces, el movimiento
de las llamas. Era este sin duda el lugar que más le gustaba
de la casa, y siempre que podía se sentaba en la alfombra roja
que había delante de aquella chimenea para contemplar el
fuego. Y además en esta ocasión, para tratar de adivinar ese
secreto que ya presentía malo. Permaneció allí largo tiempo,
hasta que la llamaron para que fuera a la *Salita de la Reina*,
donde se encontraban algunas de sus tías más jóvenes con
sus amigas.

No recuerda bien si esa tarde gris, como casi todas las
tardes de esa ciudad y de ese tiempo, había ido al colegio,
o, si en prevención, alguien determinó que no fuera. Proba-
blemente sucedió esto último. Lo deduce de la sensación de

aburrimiento que le invadía en aquella hora tardía, después de haber intentado entretener su alma infantil de forma estéril con alguno de los ineficaces pasatiempos al uso de la época. *A esta niña no le gusta nada*, había oído decir en innumerables ocasiones.

Estaba ya dado rienda suelta a esa actividad de frenético movimiento que suele resultar tan molesto a los adultos, saltando por encima de los muebles y ocultándose momentáneamente tras los faldones verdes de una gran mesa camilla, en cuyo interior, más oscuro aún que el anochecer que se veía tras los cristales de las ventanas, hallaba una imaginaria posibilidad de aventura.

Se encontraba en aquella posición invisible para los demás, cuando Aurelia entró en la habitación, y de manera rotunda y reveladora, dijo: *Os acompaño a todos en el sentimiento*. Sofía se sintió paralizada en el interior de la mesa camilla, y al instante comprendió que su padre había muerto, y que el descubrimiento de ese secreto, torpemente guardado, le hacía daño. Permaneció unos instantes escondida allí abajo, sin querer salir de su refugio, prohibiéndose cualquier manifestación que pudiera demostrar a los demás que era conocedora del secreto; y siguió enredando en una actitud, ya del todo premeditada, hasta que decidió salir de su escondite con una expresión de ignorancia reflejada en su rostro, sobre lo que ya sabía, y se fue jugueteando hipócritamente hasta el único lugar de la casa con cerradura en la puerta, para poder así estar a solas.

No sabe si lo que más le afectaba era la pérdida de un padre con el que escasamente había convivido, y sobre el que pensaba una sentencia de muerte próxima, como reiteradamente

había escuchado decir, o, si lo determinante de su actitud era el rechazo que sentía ante una situación que consideraba humillante por la posición que se le había obligado a ocupar; por el modo en que conoció el suceso, y, sobre todo, por sentirse digna de lástima y blanco de las curiosas miradas ajenas.

De ahí su puesta en escena que había dado el resultado pretendido, y a la vez había proporcionado alivio a sus familiares: *¡Gracias a Dios que no se ha enterado!*, oyó decir cuando se alejaba corriendo por el pasillo. Se sentía dueña y maestra de un engaño; doliente e incrédula, pero también satisfecha por haber sabido esquivar esa desagradable situación, dando un paso más hacia el aislamiento interior de su mundo emocional.

¿Fue esa su primera decepción? Probablemente no. Probablemente esta iba precedida de algunas anteriores que, dejan huella en personalidades como la suya, poco propicias a encajar en un engranaje establecido convencionalmente.

La muerte de su joven padre trajo importantes consecuencias para la vida de Sofía, que fue asumiendo de forma pragmática, y a la vez moderadamente imaginativa.

Pronto supo trazar esa línea que separa dos mundos: el exterior, compartido por todos; y el interior, que le pertenecía en exclusiva, y al que cuidaba de manera especial a medida que el otro se mostraba incapaz de satisfacerla.

Y en su andadura posterior siempre habría un punto de distancia, una invisible barrera entre los demás y ella misma, que impedía un contacto personal estrecho, y no digamos ya una entrega total. Fue una niña distante y escéptica.

Resonancias de una vida anterior

La sensación de haber vivido antes un episodio, se hacía presente con cierta frecuencia en el mundo de Sofía, al contemplar escenas que le recordaban otras anteriores, y revivir experiencias ya conocidas.

Ella recordaba haber estado ya asomada a una ventana de su casa, cuando cierta mañana vio acercarse silbando al *Aflador de cuchillos*. Esa melodía de varias notas seguidas emitidas por la pequeña armónica llamando a su reclamo, era justamente el que Sofía había oído con anterioridad, aunque no supiera dónde ni cuándo.

El Aflador, transportando en un carrito el banco de afilar, con la rueda que giraba tomando velocidad para realizar su función, el contacto de la hoja a afilar contra la piedra de esmeril emitiendo un sonido semejante al rechinar de dientes, y las chispas de luz que brotaban pareciendo fuegos artificiales. Todas ellas eran imágenes que permanecían en la memoria del tiempo, de un tiempo anterior.

O aquella otra sensación de miedo y de frío, corriendo bajo una lluvia invernal por una estrecha y oscura callejuela de su ciudad para buscar cobijo en algún lugar amigo, era sin duda, otra sensación anteriormente vivida.

Y también el escenario de una misa vespertina de domingo, a la luz de unos enormes cirios, con la voz del sacerdote pronunciando unas palabras que ella ya había oído en una circunstancia muy semejante, eran resonancias de otro momento anterior que, aunque de forma ambigua, permanecían en su memoria.

Lo mismo ocurría en determinadas escenas familiares con ocasión de algún suceso cotidiano, en las que Sofía sabía

lo que iba a suceder de inmediato y la forma concreta en que sucedía, porque también lo había vivido antes.

Todo esto lo guardaba en su mundo interior, sin compartir con nadie esta clase de experiencias que, estaba segura de ello, no iban a ser completamente entendidas.

Pero Sofía no era persona triste ni rebelde, tan solo distante, incluso se mostraba ausente en muchas ocasiones en las que la realidad inmediata no le interesaba. Este desinterés le supuso una mala reputación en el colegio de monjas donde estudiaba. No atendía en la mayoría de las clases, lo que comportaba, a veces, que sus resultados académicos fueran desastrosos.

La Geometría fue la única disciplina que, durante su etapa escolar logró captar su atención. Se sentía atraída por esas formas planas, esas figuras perfectas y exactas en su construcción que guardaban una cierta armonía en su diversidad y repetición, y que le parecían de una singular belleza abstracta, en las que todas sus pruebas aparecían claras y ordenadas. Le parecía que el arte de aprender a razonar estaba muy relacionado con ellas, por lo que no le costó nada reconocer los polígonos, la longitud de sus lados, sus vértices, los círculos con sus diámetros, y por supuesto las figuras tridimensionales.

En los pupitres de madera del colegio, e incluso en los bancos de la capilla, ella había ido raspando y haciendo figuras geométricas que repetía con verdadera obsesión hasta formar pequeñas hileras de cuadrados, círculos o triángulos.

Igual le ocurría con el lápiz sobre el cuaderno escolar, mientras la monja o la seglar de turno, explicaba algo que no

le interesaba demasiado, y ella desconectaba mientras trazaba sus hermosas cenefas en el margen de la página.

En la clase de labor,- cuya disciplina era obligada para las niñas españolas de los 50-, se planteó una alternativa a los festones, vainicas y ojales sobre los pequeños cuadrados de una immaculada tela de batista, con hilo igualmente blanco. La alternativa consistía en la posibilidad de hacer pequeños bordados en colores sobre una tela con diminutos cuadraditos llamada panamá, que permitía aplicar sobre ella sus reglas geométricas, contando la longitud de varios cuadrados. Y ella, por razones obvias, eligió esta segunda opción, a pesar de que el manejo de la aguja y la puntada sobre la tela no eran de su agrado, pero al menos se trataba de algo con lo que podía tener una cierta afinidad.

La etapa escolar no resultó agradable para Sofía, cuya identidad no llegaba a ser comprendida por las monjas. Y menos aún por sus compañeras, con las que debía compartir muchas horas diarias, durante las que no se gestaron afectos, tan solo reticencias y desconfianzas. Nunca figuró entre las alumnas ejemplares, tampoco entre las rebeldes. Siempre pareció una niña extraña, y así fue como se sintió ella, como una extraña en su lugar y en su tiempo.